

coyes para los males y uno solo para los bienes. Parecía á Simónides de tal manera llena de miserias la vida del hombre, que entre un sufrimiento y otro no dejaba paso para el aire. Precisamente en tiempo de la juventud y de la virilidad del espíritu griego se repite bajo estas dos formas diferentes el sombrío pensamiento; lo mejor para el hombre es no nacer, no ver jamás la brillante luz del sol; y una vez nacido, franquear lo más pronto posible las puertas del Aidés, y tenderse en el sepulcro, recogiendo tierra debajo de la cabeza. Dice Menandro que los dioses hacen morir jóvenes á los que aman; y Menandro es el poeta más ingenioso de la época alejandrina; particularmente sus fragmentos están llenos de ecos debilitados de una vida de resignación.

Aparece por todas partes la tristeza como hermana gemela de la vida del hombre; por doquiera se llama más feliz al que ha contemplado sin pesar la sublimidad del mundo, y se ha vuelto pronto al punto de donde había salido.

No faltan expresiones semejantes á estas en la literatura romana. Cicerón termina su *Hortensius* con una meditación sobre la vanidad y la infelicidad de los hombres. «Los errores y los sufrimientos de la vida; se dice allí, parecen dar la razón á los sabios que juzgan que hemos nacido únicamente para expiar los pecados cometidos en una vida anterior, y á Aristóteles, que ha visto en la unión del alma con el cuerpo un martirio semejante al que hacían sufrir á los prisioneros los piratas etruscos, cuando los ataban cara á cara á los cadáveres, y los dejaban morir de aquella manera. Ya hemos hecho notar cómo, según, Plinio, el sentimiento de la infelicidad llegó hasta desear el aniquilamiento. Si para un Marco Aurelio eran los males de la vida algo quimérico, eran vanos, sin importancia y corrompidos los bienes que ella encierra; y la misma vida era «un combate y un destierro, y su duración un punto; detrás y delante de nosotros, el abismo sin límites que nos traga á todos». (1)

(1) Friedländer, *Sittengeschichte Roms*, III, 651.

9. Juicios de los mismos antiguos.—Sí, tal es la verdad sobre la antigüedad; y en esto no nos dejan la menor duda los antiguos. Como prueba de lo dicho, añadimos á estas consideraciones cierto número de pasajes tomados de los poetas griegos y que hemos entresacado al azar, sin escogerlos. Si se quieren colores más negros para los tiempos antiguos, podrían tomarse aún otros fragmentos; sin embargo, en los que citamos faltan el consuelo y la esperanza.

Ya poco tiempo después de Homero, y, por consiguiente, en una época relativamente pura, nos pinta Hesiodo, con palabras llenas de aflicción, el estado del mundo en aquellos momentos:

«Tiempo ha que la piedad humilde y pura  
 »Y la dulce verdad abandonaron  
 »Á su perverso instinto á los mortales,  
 »Y con velos de cándida blancura  
 »Su semblante ocultaron,  
 »Y dejando la tierra, en la asamblea  
 »De los dioses entraron.  
 »¡Qué resta á los humanos! amargura;  
 »Y jamás tendrá fin su desventura». (1)

¡Triste principio para la vida griega! Pero es todavía más triste la continuación. Según Esquilo, «un cielo de bronce se extiende sobre el mundo». Según Sófocles, le invade una melancolía grandiosa. Eurípides llega á la desesperación, cuando canta el coro:

«Se acerca inevitable  
 »El destino cruel: No sé donde huya  
 »Para hacer mis ofrendas á los dioses,  
 »De víctimas sangrientas los altares  
 »Ya los veo cargados por doquiera,  
 »Y á tantos males no se ve remedio». (2)

De esta manera consideran la vida los espíritus más serios y más ilustres en la edad clásica, en el más brillante florecimiento de la Grecia. No debemos, pues, maravillarnos

(1) Hesiodo, *op.* 195 y sig. (Lehrs).

(2) Eurípides, *Alcest.*, 118 y sig., 134 y sig.

nos, si sobre ella tuvieron almas menos nobles miras tanto más pobres cuanto más se alejaron de aquella época; nada más instructivo en este asunto que un pequeño canastillo de flores sacadas de la Antología griega, de esa inagotable mina, necesaria para conocer bien el verdadero espíritu griego, demasiado poco explotado.

Vamos á reunir algunos pasajes sin hacer observación alguna sobre su contenido. Comencemos por Esopo. Se hallaba en muy buenas relaciones con los animales; pero parece que no se hallaba en tan buenas consigo mismo, porque, ved cómo canta: «Oh vida, ¿cómo te escaparás sin la muerte? Infinitos son tus sufrimientos, y te es tan difícil sustraerte á ellos, como soportarlos. Cierto que en los bienes de la tierra hay bellezas y encantos; los hay en la tierra, en el mar, en los astros, en la luna y en el sol; pero en todo lo demás no hay más que dolor y desesperación; y si por casualidad nos toca algo de felicidad, ahí está Nemesis que sabe espiar el desquite». <sup>(1)</sup>

Le siguen algunos poetas poco conocidos y que pertenecen á la época media, cuyos sentimientos están bien claros. «¿Cómo nací? ¿de dónde soy? ¿para qué he venido? Para irme. ¿Cómo puedo saber algo, si no he aprendido nada? Yo no era nada; de nuevo seré nada como antes, porque la raza humana es nada, absolutamente nada. ¡Vamos, prepárame el enajenador licor de Baco; es el antídoto de todos mis males!» <sup>(2)</sup> «Bebe, bebe, amigo, diviértete; ¿qué será mañana? ¿qué sucederá más tarde? Nadie lo sabe. No te molestes, no te fatigues; procúrate un bienestar en cuanto puedas, procúralo á los otros, come bien y con apetito, y piensa como hombre. Bien poca distancia hay entre la vida y la muerte; toda la vida entera no es más que un momento; si tomas la ventaja todo es tuyo; pero todo pasará á otro, y nada tendrás si te sorprende la muerte». <sup>(3)</sup> ¡Ahí está esa encantadora filoso-

(1) *Anthologia Palatina*, 10, 123.

(2) *Id.*, 10, 118.

(3) *Id.*, 11, 56.

fa de los griegos, que tanto se ha ensalzado! ¿Cómo se componían con ella en la práctica de la vida? Á esta pregunta contesta un grosero epitafio puesto á flor de tierra: «Después de haber comido poco y bebido poco y sufrido mucho, heme aquí tardíamente, pero, en fin, heme aquí, en la tumba; pasajeros, todos vendréis aquí». <sup>(1)</sup> En fin, parece decir su última palabra sobre el mundo y la vida el alejandrino Paladas, enemigo de los cristianos y admirador de Hipatia: «La vida es un teatro ó un juego: ó aprended á jugar, dejando á un lado toda idea seria, ó aprended á soportar la desgracia». <sup>(2)</sup> «¡Oh delicias breves de la vida! deplorad la rapidez del tiempo. Mientras vivimos en los sufrimientos ó en los goces, entregados al placer ó al sueño, vuela y se precipita el tiempo; se abalanza contra nosotros, mortales infortunados, trayéndonos á cada uno la ruina y el fin de nuestros días». <sup>(3)</sup> «Cuando, entregado á mis reflexiones, examino las cosas de este mundo, las importunas vicisitudes de la vida, la engañadora onda de la inconstante fortuna, las maniobras con que hace á los pobres ricos y despoja á los ricos de sus bienes; sorprendido por sus caprichos, túrbase mi espíritu y todo es para mí aborrecible, á causa de su inestabilidad. De qué modo podré hacerme dueño de la fortuna que desde su escondrijo nos espía y nos sorprende». <sup>(4)</sup> «Juguete de la fortuna es la vida del hombre, miserable, vagabunda y llevada al retortero entre las riquezas y la pobreza. Como una pelota eleva de nuevo á los que había abatido, y precipita en el sombrío abismo á los que había elevado hasta los cielos». <sup>(5)</sup> «Somos reservados y mantenidos para la muerte, como esas piaras de cerdos que son brutalmente degollados». <sup>(6)</sup>

#### 10. Designios de Dios en la marcha seguida por

(1) *Anthologia Palatina*, 7, 349.

(2) *Id.*, 10, 72.

(3) *Id.*, 10, 81.

(4) *Id.*, 10, 96.

(5) *Id.*, 10, 80.

(6) *Id.*, 10, 85.

los paganos.—Tal es el verdadero paganismo; es un cuadro este que tiene bien poco de ideal y de consolador; forma aterrador contraste con el cuadro tan agradable que de sí misma ha pintado la Edad Media y que veremos en el cuarto volumen; numerosas son las sombras, pero la culpa es de la antigüedad, que con tanta realidad se pintó á sí misma. No nos sentimos dispuestos á condenarla, que bastante la compadecemos, pero lo que en manera alguna podemos hacer es canonizarla, ó solamente llamarla feliz, y envidiarla. No podemos en modo alguno dar bofetadas á la verdad, como lo hicieron en otro tiempo los verdugos de la Verdad eterna.

Con toda sinceridad nos dicen los antiguos que no fueron felices, y que después de haberse desviado del camino que los conducía á su fin, después de abandonar completamente á Dios, no encontraron ni su propia perfección, ni la satisfacción completa del corazón. Si quisiéramos hacerlos pasar por hombres completos, rechazarían este título honroso como lo hace Theognis: «¡No! En la generación que hoy vive sobre la tierra, no alumbra el sol al hombre completo». <sup>(1)</sup>

Pero aun á través de esa triste confesión del paganismo, vislumbramos una verdad consoladora. En aquellos tiempos en que «dejaba Dios á las naciones que siguiesen sus propios caminos» <sup>(2)</sup> y «se hacía buscar por ellas», <sup>(3)</sup> «nunca se dejó á sí mismo sin testimonio». <sup>(4)</sup> Y entre aquellas manifestaciones, hay una especialísima que consiste en «hacerles sentir el aguijón del pecado». <sup>(5)</sup> Así que, no se encontraban á su gusto en esta tierra que contiene tantas cosas seductoras. Ni aun en los siglos de la más profunda decadencia, pudieron olvidar enteramente que su noble naturaleza había sido creada para algo más que para revolcarse en los goces sensibles. Ni abandona-

(1) Theognis, 615.

(2) Hechos de los Apóstoles, XIV, 15,

(3) Íd., XVII, 27.

(4) Íd., XIV, 16.

(5) *Vocat. Gentium*, 1, 4.

ron jamás el deseo de ver levantarse una mano libertadora que les diera la verdadera paz del alma. Respondió á ese deseo el Cristianismo, y por eso encontró entre muchos de ellos favorable acogida.